

SEBASTIÁN MANUEL GALLEGO MORALES

Cuentos, Romances y Leyendas



Cuentos, Romances y Leyendas

Sebastián Manuel Gallego Morales

© Obra: Cuentos, romances y leyendas

Primera edición: Octubre, 2023

© Autor: SEBASTIÁN MANUEL GALLEGO MORALES

ISBN: 978-84-19669-87-2

Maquetación e ilustraciones: Sonia Azor Reche (Soniaka's Art)

© Editado por LIBER FACTORY www.liberfactory.com

Gestión, promoción y distribución: Grupo Editor Vision Net S.L.

C./ San Ildefonso 17, local, 28012 Madrid. España.

Tlf: 0034 91 3117696 // Email: pedidos@visionnet.es

www.visionnet-libros.com

Disponible en librerías físicas y online.

Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.

Este libro no podrá ser reproducido, ni parcial ni totalmente, sin el previo permiso por escrito de los titulares del *copyright*. Todos los derechos reservados. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.es o por teléfono 917021970) si necesita fotocopiar, escanear o utilizar algún fragmento de esta obra. Gracias por comprar una edición autorizada de esta obra y por respetar las leyes del *copyright*.

A todos cuantos lectores les agrada
la historia y sus hermanas menores
la leyenda, el romance y el cuento



Introducción

Tras editar en el año 2008 las LEYENDAS POPULARES BASTETANAS, fueron muchos los lectores amigos que me indicaban que ellos conocían alguna otra digna de ser recordada, a la vez que me agradecían la creación de las nuevas para el acervo cultural bastetano.

De estas inquietudes y sugerencias nace este nuevo libro en el que dejo constancia de leyendas, morales, escatológicas, dichas en romance, de creencias religiosas, y de los siglos XIX y XX; así como otras urbanas.

Unas surgidas de un hilo imaginativo propio, otras narradas por sus conocedores, o alguna que otra por los propios protagonistas.

Agradecido a todos.

El autor.

La historia siempre ha ido acompañada de su hermana menor, que es la **Leyenda**, lo puede ser de un país, de una ciudad, de una calle, de una casa, de una persona, un río, un monte, un árbol. Todo puede tener su leyenda.

Surgen de hechos históricos o religiosos, o simplemente de historias de amores, hazañas de héroes, milagros de santos, raros sucesos, o incursiones en el mundo de los difuntos.

Siempre emocionan y eran contadas y transmitidas oralmente, al dulce calor de una lumbre, en medio de una plaza medieval, o en los salones de un castillo.

La transmisión oral las ha ido deformando poco a poco, y llegan a tener vida propia distintas versiones de un mismo tema.

Los medios actuales de difusión de la palabra han relegado a segundo o tercer plano a bardos, juglares, ciegos relatores, poetas...La creación literaria es el complemento.

Dejarlas por escrito, es colaborar a que no se pierdan.

Cuentos

I

La Ciudad con Cuatro Puertas



Un labrador que tenía tres hijos vivía en un pequeño cortijo lejos de la ciudad de Baza. Viendo se le hacían mayores los llamó y les dijo:

—Mirad el cultivo de esta tierra, no nos da para vivir todos de ella. Y menos aún, en el caso de que alguno de vosotros decida casarse, pues estáis en edad para ello. Hemos hablado vuestra madre y yo, y hemos acordado el que os marchéis a la rica ciudad a buscar un trabajo, que os depare una mejor vida que la que tenéis en este cortijo. Fijo que os irá mejor que el seguir trabajando la tierra en este lugar.

—Os damos nuestros ahorros—siguió—, que son dos ducados para cada uno, y un consejo <<sed siempre honestos y no olvidéis nunca a vuestros padres, en los pueblos se triunfa siempre con honradez y sabiendo cubrir las necesidades que tienen los mismos>>. Si vosotros cubrís alguna de esas necesidades en el pueblo, vosotros pronto seréis ricos y respetados. Esperamos que, dentro de un año, nos visitéis, que vengáis todos a vernos y nos contéis que tal os ha ido.

Partieron los tres hermanos, Juan, Antonio y Ramón, prometiendo a sus padres en volver justo en un año y contarles que tal les había ido.

Ya en el camino principal se informaron por otros viajeros que la ciudad, rodeada de murallas, solo tenía cuatro puertas de acceso a ella. La puerta de la Justicia, donde se cumplía la pena impuesta a los ladrones y otros delincuentes. La puerta del campo, por donde entraban los campesinos sus productos para la venta en el mercado. La del comercio, que daba acceso al rico barrio de los tenderos. La de los oficios, que daba entrada al populoso barrio de zapateros, sastres, carpinteros y demás oficios manuales.

Cuando ya estaban a la vista de una de las puertas de la ciudad, vieron una enorme y enfurecida multitud, que gritaba contra un hombre que llevaban preso los soldados y sacaban por una de las puertas

de la ciudad. Preguntaron de qué se trataba y les dijeron que llevaban a apalear en el campo a un hombre que había asaltado y apaleado en el campo a un viejo para robarle.

—La justicia había ordenado que fuese apaleado en el mismo lugar en el que él lo hizo con el viejo, antes de pasarlo a la prisión donde cumpliría el resto de la condena—, dijeron los hermanos—. Esta es la puerta de la justicia, no nos interesa ni entrar ni salir por ella.

Siguieron por el Camino de Ronda de la ciudad y llegaron a otra puerta en la que vieron salir a algunos campesinos con sus productos aún sin vender. Uno de ellos comentaba en voz alta:

—Vendería lo que me ha quedado por menos de la mitad con tal de no volver mañana y perder mi día de trabajo en la huerta y tener mañana que volver a pagar nuevamente por parte de estos productos por los que ya he pagado hoy.

Miró Ramón a sus hermanos y dijo:

—Esta es mi oportunidad.

Y, acercándose al campesino, le regateó y compró el resto de sus productos por una pequeña cantidad, pidiéndole al labrador que lo acompañara hasta la puerta para aclarar a los guardias y que estos vieran cómo esa mercancía tenía ya pagada la alcabala.

Se despidió de sus hermanos y entró en la ciudad.

Ya conocía lo que iba a hacer, “un almacén de frutas y verduras”, comprándole a los campesinos lo que les había quedado del día anterior a bajo precio.

A la vista de la siguiente puerta había varios mercaderes preparándose para pasar la noche en tiendas improvisadas.

—Es lo peor que tiene la ciudad—, comentaban algunos—. Carece de fondas que estén aseadas y limpias para pasar la noche, guardar en ellas nuestros animales y mercancías, y estar dentro de la ciudad al amanecer para ocupar buen puesto en la plaza.

—¡Con tantas casas grandes y abandonadas que hay en ella! —se lamentaba otro.

Oyó esta carencia Juan, y dijo a su hermano:

—Esta es mi puerta, voy a entrar por aquí. Ya sé dónde está mi oportunidad: en hacer una posada en la que albergar mercaderes, caballerías y mercancías, con toda comodidad y seguridad.

Y a eso dedicó su esfuerzo y tesón.

El joven Antonio siguió solo el Camino de Ronda que le llevaría hasta la puerta que le quedaba, la de los oficios. En ella ya no había ni guardias en la entrada cuando la atravesó.

Iba pensando en sus hermanos y en la decisión que habían tomado, cuando vio que unos mozalbetes arrancaban a una joven un perrito de sus manos y escapaban hacia la muralla burlándose de ella. Sin pensarlo se agachó y, cogiendo unas piedras, con la primera le dio tal golpe al que llevaba el perrito que lo soltó huyendo dolorido; el segundo al sentir la pedrada en su cuerpo solo pensó en salir corriendo y el resto se perdió por los callejones.

Mientras, el perrito se había refugiado en los brazos de su ama, que lo mimaba y decía cariñosas palabras.

Iba a seguir su camino Antonio, cuando la joven se le acercó y, poniéndose a su altura, le agradeció lo que por ella había hecho.

—Nunca te he visto por este lugar—, le dijo.

Antonio explicó que era la primera vez que entraba a la ciudad. Siguieron hablando y hablando y llegaron hasta una plaza donde se sentaron en un banco en el que pasaron largo rato hablando y hablando.

—Mi padre es un anciano zapatero que te podría enseñar su oficio, con él se gana uno muy bien la vida en la ciudad. Tiene un defecto físico, es cojo, y por eso los chicos se burlan de él y a mí me acosan y molestan. Ven conmigo y dormirás en el local de la zapatería. No gastarás nada, pues yo te daré de comer de lo que hay en casa.

—No sabes lo agradecida que te estoy por haber salido en mi defensa, y haberme recuperado mi perrito. Lo habrían arrojado desde la muralla para divertirse.

Cuando hubo pasado un año, el labrador vio venir por el camino de su cortijo tres carruajes magníficos y llamó a su esposa para recibirlos. En el primero venía su hijo mayor convertido en un rico Posadero. En el segundo, el mediano convertido en un próspero mayorrista en frutas y verduras. Y, en el tercero, el menor de sus hijos con una bella joven a la que presentó como su prometida. Era un rico comerciante de zapatos.

Tomó la palabra Juan diciendo:

—Padre, hemos seguido en todo el consejo que nos disteis al marchar. Todo nos ha ido bien, supliendo las carencias que tenía la ciudad.

—Padre—, dijo Antonio—, yo por la puerta que entré no encontré carencias.

Le explicó su historia y le habló de la de la joven que le acompañaba.

—Te equivocas—, dijo su padre—, tú encontraste una familia carente de amor, y se lo has dado. Todos habéis cumplido mis consejos.



II

Las Tres Monedas



Un joven bastetano, alistado como combatiente en los ejércitos que luchaban contra el invasor francés, se había hecho famoso por su coraje en los combates cuerpo a cuerpo, así como en la participación de escaramuzas contra la retaguardia del enemigo, al que arrebatában comida y enseres para surtir a los nuestros.

Cuando terminó la guerra, su compañía estaba en Madrid, y fue llamado por su general, quien le condecoró con la medalla del valor y además le dio tres

monedas de un ducado de oro cada una, un caballo para regresar a Baza y una Carta Orden con sello real para que se le diera aquí, en su pueblo, cinco fanegas de tierra de labor como recompensa de sus servicios a la patria.

Sin embargo, el soldado, para su regreso, se puso el peor uniforme que tenía, todo el lleno de jirones y restos de sangre, propia y del enemigo. Se metió las tres monedas y el documento real en una bolsa de cuero y se pegó ésta a su pierna, liándola con un vendaje. Después, se preparó para un largo camino con una buena talega de provisiones. Se despidió de sus compañeros y tomó el camino de Andalucía, que le llevaría a su pueblo.

Cruzó toda La Mancha y, entrando en Despeñaperros, se tropezó con una partida de bandoleros, que le rodearon pensando que iban a encontrar en él algo de valor. Pero, cuando vieron el pelaje que tenía, lo invitaron a unirse a ellos, a lo que el soldado accedió. Les explicó que al poco los tendría que dejar, porque no sabía si sus padres seguían vivos o no, y deseaba volver a su pueblo, que estaba a los pies de un cerro llamado Jabalcón.

A los dos días de estar con los bandoleros, vieron venir una diligencia y se apostaron para asaltarla. La arrastraban tres pares de briosos mulos, y en un recodo del camino pusieron unos troncos cruzados que